



La Santa Sede

PEREGRINACIÓN APOSTÓLICA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A LOURDES

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

Domingo 15 de agosto de 2004

1. "Yo soy la Inmaculada Concepción". Las palabras que María dirigió a Bernardita el 25 de marzo de 1858 resuenan con intensidad muy particular en este año, en el que la Iglesia celebra el 150° aniversario de la definición solemne del dogma proclamado por el beato Papa Pío IX en la constitución apostólica *Ineffabilis Deus*.

Deseaba vivamente realizar esta peregrinación a Lourdes, para recordar un acontecimiento que sigue *dando gloria a la Trinidad una e indivisa*. La concepción inmaculada de María es el signo del amor gratuito del *Padre*, la expresión perfecta de la redención llevada a cabo por el *Hijo* y el inicio de una vida totalmente disponible a la acción del *Espíritu*.

2. Bajo la mirada materna de la Virgen, os saludo cordialmente, queridos hermanos y hermanas que os habéis dado cita delante de la gruta de Massabielle para cantar las alabanzas de Aquella a quien todas las generaciones llaman bienaventurada (cf. *Lc 1, 48*).

Saludo ante todo a los cardenales, a los obispos y a los sacerdotes. Gracias por vuestra presencia.

Saludo a los peregrinos franceses y a sus obispos, en particular al presidente de la Conferencia episcopal y a monseñor Jacques Perrier, obispo de Tarbes y Lourdes, a quien agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido al inicio de esta celebración.

Saludo también al metropolitano Emmanuel, presidente de la Asamblea de obispos ortodoxos de Francia.

Saludo al señor ministro del Interior, que representa aquí al Gobierno francés, así como a las demás autoridades civiles y militares presentes.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos que se han reunido aquí procedentes de diversas partes de Europa y del mundo, y a todos los que están unidos espiritualmente a nosotros a través de la radio y la televisión. Con especial afecto os saludo a vosotros, queridos enfermos, que habéis acudido a este lugar bendito para buscar consuelo y esperanza. Que la Virgen santísima os haga sentir su presencia y reconforte vuestro corazón.

3. "En aquellos días, María se puso en camino hacia la región montañosa..." (*Lc 1, 39*). Las palabras del relato evangélico nos hacen ver con los ojos del corazón a la joven de Nazaret en camino hacia la "ciudad de Judá" donde habitaba su prima, para prestarle sus servicios.

En María nos impresiona, ante todo, *la atención, llena de ternura*, hacia su prima anciana. Se trata de *un amor concreto*, que no se limita a palabras de comprensión, sino que se compromete personalmente en una asistencia auténtica. La Virgen no da a su prima simplemente algo de lo que le pertenece; *se da a sí misma*, sin pedir nada a cambio. Ha comprendido perfectamente que el don recibido de Dios, más que *un privilegio*, es un *deber* que la compromete en favor de los demás con la gratuidad propia del amor.

4. "Proclama mi alma la grandeza del Señor..." (*Lc 1, 46*). Los sentimientos que María experimenta en el encuentro con Isabel afloran con fuerza en el cántico del *Magnificat*. Sus labios expresan la *espera, llena de esperanza*, de "los pobres del Señor", así como la *conciencia del cumplimiento de las promesas*, porque Dios "se acordó de su misericordia" (cf. *Lc 1, 54*).

Precisamente de esta conciencia brota la *alegría* de la Virgen María, que se refleja en todo el cántico: *alegría* por saberse "mirada" por Dios, a pesar de su "humildad" (cf. *Lc 1, 48*); *alegría* por el "servicio" que puede prestar, gracias a las "maravillas" a las que la ha llamado el Todopoderoso (cf. *Lc 1, 49*); *alegría* por gustar anticipadamente las bienaventuranzas escatológicas, reservadas a los "humildes" y a los "que tienen hambre" (cf. *Lc 1, 52-53*).

Después del *Magnificat* viene *el silencio*: de los tres meses de permanencia de María al lado de su prima Isabel *no se nos dice nada*. O, tal vez, se nos dice lo más importante: *el bien no hace ruido*, la fuerza del amor se manifiesta en la discreción serena del servicio cotidiano.

5. Con sus palabras y su silencio, la Virgen María se nos presenta como modelo en nuestro camino. *No es un camino fácil*: por el pecado de nuestros primeros padres, la humanidad lleva en sí la herida del pecado, cuyas consecuencias pesan también sobre los redimidos. Pero el mal y la muerte *no tendrán la última palabra*. María lo confirma con toda su existencia, como *testigo viva de la victoria de Cristo, nuestra Pascua*.

Los fieles lo han entendido. Por eso, acuden en multitudes a esta gruta para escuchar las exhortaciones maternas de la Virgen, reconociendo en ella "la mujer vestida de sol" (*Ap 12, 1*), la Reina que resplandece al lado del trono de Dios (cf. *Salmo responsorial*) e intercede en su favor.

6. Hoy la Iglesia celebra *la gloriosa Asunción de María al cielo en cuerpo y alma*. Los dogmas de la Inmaculada Concepción y la Asunción *están íntimamente unidos entre sí*. Ambos proclaman la gloria de Cristo Redentor y la santidad de María, cuyo destino humano ya desde ahora está perfecta y definitivamente realizado en Dios.

"Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros", nos ha dicho Jesús (*Jn 14, 3*). *María es la prenda del cumplimiento de la promesa de Cristo*. Su Asunción se convierte así, para nosotros, en "signo de esperanza segura y de consuelo" (cf. *Lumen gentium*, 68).

7. Amadísimos hermanos y hermanas, desde la gruta de Massabielle la Virgen Inmaculada nos habla también a nosotros, cristianos del tercer milenio. Escuchémosla.

Escuchad ante todo vosotros, *jóvenes*, que buscáis una respuesta capaz de dar sentido a vuestra vida. *Aquí la podéis encontrar*. Es una respuesta exigente, pero *es la única respuesta que vale*. En ella reside el secreto de la alegría verdadera y de la paz.

Desde esta gruta os hago una llamada especial a vosotras, *las mujeres*. Al aparecerse en la gruta, María encomendó su mensaje *a una muchacha*, como para subrayar *la misión peculiar que corresponde a la mujer* en nuestro tiempo, tentado por el materialismo y la secularización: ser en la sociedad de hoy *testigo de los valores esenciales* que sólo se perciben con los ojos del corazón. A vosotras, las mujeres, corresponde ser *centinelas del Invisible*. A todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, os dirijo un apremiante llamamiento para que hagáis todo cuanto esté a vuestro alcance a fin de que la vida, toda vida, sea respetada desde la concepción hasta su término natural. La vida es un don sagrado, del que nadie puede hacerse dueño.

La Virgen de Lourdes tiene, por último, *un mensaje para todos*. Es este: *sed mujeres y hombres libres*. Pero recordad: la libertad humana es una libertad marcada por el pecado. Ella misma necesita también ser liberada. *Cristo es su liberador*, pues "para ser libres nos ha liberado" (*Ga 5, 1*). Defended vuestra libertad.

Queridos amigos, sabemos que para esto podemos contar con Aquella que, al no haber cedido jamás al pecado, es la única criatura perfectamente libre. A ella os encomiendo. Caminad con María por las sendas de la plena realización de vuestra humanidad.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana